



AGONÍA

Por: Justo Andrés Concha

Noviembre de 2025

Según los estudios, cada vez vivimos más tiempo. Esto debido a que la esperanza de vida ha ido en un aumento sostenido desde mediados del siglo XX. Claro está que el concepto de esperanza es discutible porque vale la pena reflexionar acerca de la calidad de vida de nuestros viejos.

Debido a los avances en la medicina y la industria farmacológica la vida se ha ido extendiendo en forma progresiva. Si antiguamente, poblaciones completas desaparecían producto del contagio de una enfermedad mortal, hoy nos enfrentamos al dilema de programar o no nuestro fin en este mundo.

En el último tiempo, hemos presenciado varios fallecimientos de personas muy cercanas. Ya sea por una larga enfermedad o simplemente por las vicisitudes de la vejez, ha sido inevitable reflexionar acerca del proceso de agonía. Hay patrones observables en los que atraviesan dicho proceso. Por ejemplos altos y bajos en el ánimo o la lucidez. Hay pasajes de mucha paz contrastantes con los de rebelión violenta. Estos vaivenes desorientan a los seres queridos que están alrededor del moribundo. Sus estados de ánimos también oscilan entre la esperanza, la entrega, la pena y la negación.

Aun no hay comprensión de este pasaje. La mera evidencia de actos intencionados por prolongar artificialmente la vida es un síntoma de que el ser humano sigue teniéndole mucho miedo a la muerte. Esto incluso se da en círculos de personas muy creyentes, al menos declarados, pero donde la simple imagen del cielo y el infierno, tan arraigados culturalmente, por más que se ridiculicen en la actualidad, sigue operando.

La agonía tiene todas las características de una batalla. Algunos dirán que lo es entre la vida y la muerte, yo digo que es de la vida consigo misma. Sí, es una brutal batalla entre la vida personal y la vida como concepto genérico, casi etéreo, omnipresente. La configuración del yo, por allá en los albores de la infancia primaria y consolidada a partir de un lento proceso de búsqueda de identidad crea la ilusión de individualidad. El individuo cree que la vida comienza con su nacimiento y termina en su muerte. Sin embargo, vale la pena cuestionar dicha concepción porque podría ser que la muerte es un elemento constituyente de la vida. Sin la muerte la vida no sería posible, por lo tanto, en un acto totalmente intencionado asociado al instinto de conservación o preservación, la vida busca eliminar los elementos que ya no le son útiles.

Es tan así esta situación, que se ha observado que en determinadas especies ante un escenario de sobrepoblación y peligro para la subsistencia se suceden suicidios masivos con el propósito de recuperar el equilibrio. Así también, algunos observadores han notado que en ciertos momentos de la historia reciente en que la sociedad ha tendido a la atomización, la tasa de suicidios aumenta generando la hipótesis de que estos suicidios tendrían la función de reaglutinar a las personas.

La vida tiene sus propias reglas y entre ellas está el juicio breve o prolongado acerca de su prolongación en una determinada entidad. Es así, que debido a un accidente violento en el cual el cuerpo de un individuo queda severamente dañado, la mente realiza un escáner rápido pero exhaustivo revisando órgano por órgano, sistema por sistema, célula por célula. Algunas de estas



unidades se resisten, saben que están siendo evaluadas y tratan por todos sus medios de engañar a la mente, finalmente el diagnóstico es, si no hay caso, todo se apaga, si hay una leve posibilidad se le da una oportunidad.

En el caso de enfermedades prolongadas, el proceso es más lento y puede durar años. Esto es lo que se observa en el envejecimiento o con enfermedades progresivas como el cáncer, la diabetes o la insuficiencia renal. Frente a estos cuadros, uno puede decidir si dejarle todo al arbitrio de la vida o dar la pelea tratando de engañarla o esquivarla.

Algo similar sucede con los otros, los que rodean al ser en agonía. No hay nada más penalizado socialmente que el desear la muerte de otro, más si ese otro es una persona muy querida. ¡Cómo es posible que quieras que tu madre o tu padre mueran! Rebelarse a la muerte es lo lógico, rebelarse a la vida es inmoral. Claro, en cada uno de los seres queridos también opera el yo, y la vida propia sin esa persona tan querida resulta insoportable. Hasta que sucede, la gente no se da cuenta que uno puede seguir viviendo. Después del luto y el vacío, se recupera la rutina y si bien nadie olvida, el dolor pasa porque la vida así lo quiere.

Finalmente, se puede concluir de este revoltijo de pensares que la muerte no es más que el triunfo de la vida, porque la muerte no es la antítesis de la vida sino un acto intencionado de ella misma. Más tarde o más temprano, toda muerte es un acto suicida. En resumen, sólo existe la vida.